

LA FORTALEZA DE HAM.

La construcción de este castillo, atribuida por la tradición á Luis de Luxemburgo hacia el año de 1470, es á la verdad anterior al siglo XV. En ninguna parte de él se ven las armas de Luxemburgo, al paso que en muchas se encuentra una J entre dos azucenas. La J es la primera letra del nombre de Juana, y las azucenas indican que se trata de una persona soltera. Roberto de Bas tenía una hija única llamada Juana, heredera de los condados de Soissons, de Marle y de las tierras de Ham, y ella fué la que por su matrimonio con Luis de Luxemburgo llevó en dote el 16 de julio de 1475 aquel castillo nuevamente reconstruido y fortificado.

El edificio que en otro tiempo habitaba el gobernador, es el mas antiguo de los que existen en el interior de la fortaleza, y fué construido por Carlos VI, duque de Orleans. El escudo, sobrecargado de innumerables flores de lis, es una prueba de esto. En efecto, por cartas reales del 22 de mayo de 1404 se confirmó á este príncipe la posesion de las tierras y rentas del dominio situado en Ham, que él mismo habia comprado á Maria de Bar, y le permitieron conservar en patria el condado de Soissons, de Ham en Vermandois, etc.

El castillo, situado en el centro de un fangoso pantano, se compone de cuatro torres redondas, levantadas en los ángulos de un cuadrilátero: se unen entre sí por medio de muros altísimos llenos de troneras que los convierten en el siglo XV en terribles defensas. Otras dos torres cuadradas se elevan en los intervalos que dejan las redondas, y dominan las dos entradas que tenía la fortaleza. Una de estas se halla al presente condenada, y el puente que á ella conducía no existe.

La torre principal que mira al Este es imponente por su gran mole, pues tiene veintinueve varas y media de elevacion y otras tantas de diámetro; sus murallas de mampellos, cubiertas con capas de piedra arenisca por la parte exterior, tienen once metros de grueso. Se divide en tres pisos, que forman tres grandes salas exágonas.

En el piso inferior se notan en el muro doce agujeros muy estrechos y largos: son otros tantos calabozos para presos.

El condestable habia mandado grabar en la puerta de entrada esta especie de divisa: *Mi cuarte*, para expresar probablemente que esperaba refugiarse en aquella plaza fuerte, por contraria que le fuese la fortuna.

Las gárgolas ó canalones de la torre excitan la curiosidad: uno, por ejemplo, representa un personaje barbudo, de largos cabellos, que tiene entre las manos un escudo roto.

Después de la muerte del condestable Luis de Luxemburgo, su hija mayor, Maria de Luxemburgo, llevó el señorío de Ham á la casa de Vendome, por su segundo matrimonio con Francisco de Borbon en 1487. Dicha señora se aficionó mucho al castillo de Ham, y solia habitarlo con frecuencia: en él dió á luz en 1491 á Francisco de Borbon, conpañero de armas y de infortunios de Francisco I, en Pavía; y en 1494 á Antonieta de Borbon, casada con el duque de Guisa, y madre del gran duque de Guisa que reconquistó á Calais.

Hacia esta época sitiaron á Ham los ingleses. Amé de Sacrebuche se metió dentro de la fortaleza con cien lanzas del duque de Vendome, y ayudado por los habitantes la defendió con brío, obligando al enemigo á levantar el sitio. La poblacion no fué tan dichosa cuando en 1537 trató de resistirse contra la invasion española.

Después de la victoria de San Quintín embistió Felipe II con sus tropas la ciudad y castillo de Ham. Defendido este valerosamente por Pedro Chappuis y Adriano de Pisseleu, señores de Hally, con varias compañías escocesas, fué tomado por asalto el 13 de setiembre, á favor de las brechas que abrió, tanto en la torre como en la cortina del Este, la artillería del rey de España, que arrojó durante tres dias contra los muros un diluvio de balas.

El orgullo español consistió en un acomodamiento, y se firmó la paz en Chateau-Cambresis. El día 5 de abril de 1539 volvió Ham al dominio de Francia, al mismo tiempo que San Quintín y el Catelet.

Después de haber pertenecido sucesivamente á las casas de Coeur, de Bar, de Luxemburgo, de Vendome y de Navarra, el castillo de Ham fué incorporado á la corona por Enrique IV.

Desde esta época ningún acontecimiento importante le ha enlazado á la historia. Su destino, de un siglo á esta parte, mas ha sido servir de prision de Estado que de plaza de guerra.

Entre los presos que han encerrado sus muros se cuentan Jarcho Cassard, de Nantes, intrépido marino que murió en 1740; el conde de Marchaef, Laustrec, Mirabeau; los republicanos Bourdon, Charles, Duham, Choudin, Victor Hugues, etc.; los realistas Vibray, Moitro-

veney, Chaiseul, Polignac, y algunos naufragos de Calais; algunos publicistas; cardenales y sacerdotes españoles en tiempo del imperio; durante la restauración el capitán de la *Medusa* en 1850; los ministros Polignac, Peyronnet, Guernon de Ranville y Chantelauze; después la duquesa de Berry y Luis Napoleón.

Este último fué conducido á Ham en 1840, y permaneció allí con el general Montholon y el doctor Conneau, hasta el 25 de mayo de 1846, época de su evasión.

TEATRO DE MONTALVAN.

Hemos dado con nuestros anteriores artículos, insertos en el SEMANARIO del año último, la noticia más ó menos aproximada á rigorosa exactitud, de las comedias que constituyen el repertorio de cada uno de los seis grandes autores de primer orden en el teatro español, á saber, LOPE DE VEGA, CALDERÓN, MORENO, TIRSO DE MOLINA, ROXAS y RUIZ DE ALARCÓN.—Pero como al lado de ellos, y participando respectivamente de su genio poético, brillaron otros varios que, si no alcanzaron á igualarlos en fecundidad y original talento, acertaron por lo menos á seguir sus huellas, y á imitarlos con más ó menos éxito, parecemos del caso, para completar este imperfecto trabajo literario, ampliarle ó algunos de dichos autores, que podremos llamar de segundo orden, y cuyas obras, poco conocidas por lo general, constituyen una parte muy señalada é importante en el magnífico repertorio de nuestro teatro del siglo XVII.—Procuraremos, pues, reducir á catálogos, los más exactos que sea posible, las piezas atribuidas generalmente á cada uno de aquellos ingenios, haciendo además las observaciones que nos sugiera nuestro estudio, sobre ellas y sus autores.

Sea el primero que nos ocupe el doctor JUAN PÉREZ DE MONTALVAN, amigo, discípulo, entusiasta imitador y panegirista del gran Lope de Vega.

Este ingenioso y estudiosísimo autor, que nació en Madrid en 1602 (el año siguiente que Calderón), y murió en el mismo á la temprana edad de treinta y seis años en 1638 (á los tres de la muerte de Lope de Vega), tuvo sin embargo tiempo para hacer una brillante carrera literaria en la universidad de Alcalá, hasta graduarse de doctor en teología, dedicándose después al sacerdocio, en el cual ejerció el empleo de notario apostólico de la Inquisición, sin olvidar por esto su irresistible vocación poética, que le hizo producir desde la edad de trece años muchas obras literarias, entre las cuales son notables las *Novelas ejemplares* (un tomo impreso en Madrid, 1624), el *Para todos*, libro de erudición y entretenimiento, 1635; el *Orfeo*, poema en octavas, y la *Fama póstuma de Lope*, obra en que reunió todos los elogios tributados á la tierra memoria de su maestro y amigo; por último, según confesión propia, en su libro *Para todos*, llevaba escritas á su publicación y dadas á la escena (1635), 56 comedias y 12 autos sacramentales.—De aquellas se imprimieron en colección dos tomos ó partes (Madrid y Alcalá, 1639, 1652), y otras varias sueltas; y aunque en el catálogo que hemos formado y que damos á continuación aparece número bastante mayor de las 48 piezas dramáticas que el mismo Montalvan dice haber escrito hasta aquella época, esto puede consistir primeramente en que en los tres años que aun vivió escribiera algunas otras; además, en que varias estén repetidas con el título doble y aun triplicado con que solía adornarlas, y otras le sean falsamente atribuidas por los libreros editores.

Como el objeto del presente artículo sea únicamente el teatro de Montalvan, prescindiremos de entrar en análisis y consideraciones sobre sus demás obras literarias ya citadas, que merecieron en su tiempo tan favorable acogida, que de alguna de ellas, por ejemplo el *Para todos*, pudiera citarse hasta la noventa edición, hecha en pocos años. No las creamos por cierto dignas de tanta popularidad; pero menos aun del enojo ó aversión que hacia la persona del presbítero Montalvan hubieron de producir entre varios escritores contemporáneos, y que exhalaron su hálito en necios y envenenados epigramas, de los cuales ha conservado alguno la tradición.

«El doctor tú le lo pones,
el Montalvan no le tienes;
con que quitándole al Don
vienes á quedar Juan Pérez.»

Hé aquí una muestra de las falsas é injustas sátiras lanzadas en su tiempo contra el virtuoso, ilustrado y cortés autor que en todas sus obras respira honestad, ingenio y mansedumbre, y á quien parece quererse rebajar por el grande argumento de que no tenía Don (que por cierto no usó nunca), siendo como era hijo de Alonso Pérez de Montalvan, librero del rey, y poeta también; como si esto (aun en el caso de haberlo usado) fuera un delito, superchería ó vanidad, en

quien había recibido la nobleza con el grado de doctor, y su carácter sacerdotal.

Pero dejando á un lado todas las miserias, en todos tiempos comunes entre los maldicientes envidiosos, enemigos jurados del talento y la laboriosidad, vengámonos ya á tomar en cuenta los mejores títulos de Montalvan al aprecio de la república literaria, los que más popularizaron su nombre en vida, y los que han cuidado de conservarle el aprecio de la posteridad.—Estos títulos y blasones son sus comedias famosas, las cuales, sin embargo, son hoy conocidas solo de los eruditos, con alguna ligera escepción, como *La toquera viscaína*, *Marcos la del puchero* (que creemos no sea de Montalvan y sí de Cobillo), *La mas constante muger*, *No hay vida como la honra*, *Lo que son juicios del cielo*, y alguna otra que de vez en cuando, y con intervalo de algunos años han solido reproducirse en la escena.—Han sido también reimprimadas muchas veces, *Los amantes de Teruel*, *El nazareno Sansón*, *El mariscal de Biron*, *Los hijos de la fortuna*, *El principe prodigioso*, *La puerta macaronena*; y el señor Ferrer insertó á continuación de la historia de *La monja alférez*, impresa en París en 1820, la comedia de Montalvan que lleva el mismo título.

El carácter más determinado de Montalvan como poeta cómico, es el de imitador fiel y feliz de Lope de Vega, no solamente en la combinación de la fábula y en la pintura de los caracteres, sino hasta en la expresión y en el estilo, en términos que pudiera decirse que su teatro es un verdadero apéndice ó continuación del colosal de su maestro y amigo. Algo menos de espontaneidad y un poco más de juicio en el tejido dramático del argumento, dan sin embargo á las comedias de Montalvan precio mayor sobre muchas de las de su ingeniosísimo y descuidado modelo; y de ello pudieran citarse ejemplos en la de *No hay vida como la honra*, *La mas constante muger*, *Los amantes de Teruel* y la misma *Toquera viscaína*, que por otra lado parece más bien imitación de Tirso de Molina. En cuanto á los caracteres, en general son los apasionados y tiernos de Lope, los de la *Mosa de cántara*, *Lo cierto por lo dudoso* y *La estrella de Sevilla*; y por lo que hace al estilo y versificación, pareció á cada paso haberle robado la inspiración y el estro, la intención filosófica y la expresión fácil y cadenciosa.

«Si el alma un cristal tuviera
(como cielo Dios quería),
menos traiciones hubiera,
pues cada cual temería
que su infamia se suplara.

No hubiera en el mundo engaños,
cautelos, juicios extraños,
traiciones, falsos testigos,
ni con máscara de amigos
hubiera secretos daños.

No hubiera malas ausencias
ni encontradas voluntades
por opuestas diferencias,
ni hubiera en las amistades
injustas correspondencias.

No hubiera amigos fingidos
que el bien ajeno los trata
de su envidia persundidos;
no hubiera muger ingrata
á servicios recibidos.

No hubiera en hombres discretos
malas palabras y afrentas
quizá por falsos conceptos,
ni hubiera muertes violentas
por intereses secretos.

No ofreciera un gran señor
su casa á amigo traidor;
que aun suele el más verdadero
ser por ventura el primero
que hace tiro en el honor.

No hubiera libres intentos
de mugeres principales
de mas altos pensamientos,
ni en los hombres desiguales
capieras atrevimientos.

Y en efecto, cada cual
fuera cortés y leal,
fuera amigo y noble fuera,
porque la lengua siguiera
correspondiendo al cristal.»

Estos versos, que hallamos en la jornada segunda de la comedia titulada *Complir con su obligación*, y otras muchas que pudiéramos citar, prueban hasta dónde llevó Montalvan la feliz imitación de su maestro.

En otra parte dice una dama,

«Alabómele tanto
umas veces con risa, otras con llanto,
Clayela enamorada,
que su alabanza me sirvió de espada;
pues aun antes de verle
pude tener amagos de quererle.
Al fin ella me hizo
que le quisiese bien; que no hay hechizo
tan fuerte ni apretado
como tener otra muger al lado,
que inclinada á su nombre
á todas horas diga bien de un hombre.

.....
Luego por la experiencia
conoci que era amor mi diligencia;
que cuando las mugeres
en vestidos, tocados y alfileres
tal cuidado ponemos,
ó queremos querer, ó ya queremos.»

(El Príncipe de los montes.)

Todo esto es Lope de Vega puro, y no solamente lo son los razonamientos y discursos filosóficos, los parlamentos amantes, los trozos épicos y líricos, sino hasta las relaciones, cuentos y réplicas de los graciosos, como los de las pensiones de un casado que dice *Seron* en *La mas constante muger*, y la chistosísima invectiva contra los suegros que pone en boca de *Juaneto* en la comedia *Morir y disimular*, y que no insertamos íntegra por su estension. Sirvan de muestra los siguientes versos:

«Glorioso San Sebastian,
santo cabal y perfecto,
mi alma como la tuya,
como tu cuerpo mi suegro.
¿Todas las flechas á vos?
¡que poca razón tuvieron!
suegros habia en el mundo
y habia casamenteros, etc.»

Montalvan, pues, para los amantes de nuestro original y magnífico teatro, merece una distinguida memoria, y ocupa sin duda alguna un señalado lugar entre los más felices y dignos cultivadores de nuestra escena patria. Y si bien no creemos sujetos á sana crítica los exagerados encomios é hiperbólicas coronas con que sus apasionados quisieron sin duda vengarle, después de su desdichada muerte (ocasionada por un delirio mental hijo de su mucho estudio), de las injustas y no menos apasionadas invectivas de sus detractores, trasladamos aquí el final del pomposo elogio de este autor, que hizo y publicó el sapientísimo D. José Pellicer:

«Este fué el doctor Juan Perez de Montalvan, habiendo yo hecho juicio de sus escritos, ni lisonjero ni afectado. Véanse sus obras y hallarán ajustado este retrato original. Fué entendido, modesto, apacible, cortés y blando. Sus escritos están respirando erudicion y sus libros doctrina. De nadie dijo mal, alabó á todos. Nació en el regazo de las musas, como de Hesíodo y de Sidonio se cuenta. Caliope le dió la invectiva en la poética, Clio la noticia de la historia, Melpómene la disposicion elegiaca, Euterpe la infalibilidad matemática, Erato lo festivo, Terpsicore lo ingenioso de las artes, Urania el conocimiento de los cielos. Talia lo bucólico y Polimnia lo lírico. Dejó en su muerte lástima y deseo, y aun la envidia le lloró.»

Los demás poetas de su tiempo cantaron su muerte en sentidos versos, que recogió su amigo el licenciado D. Pedro Grande de Tena, y publicó en un tomo impreso en Madrid en 1659, con el título de *Lágrimas panegiricas á la temprana muerte, etc.* También se publicaron aparte otros *Elogios evangélicos* y *Oraciones panegiricas*, y los teatros de la corte de la Cruz y del Príncipe, representaron simultáneamente y durante muchos dias la preciosa comedia *No hay vida como la honra*.

De todo esto se infiere que el que en presencia de Lope y Calderon, de Tirso, de Boxas y Moreto supo brillar tan alto en la esfera poética, supo compartir con aquellos esclarecidos ingenios su envidiable popularidad, debia seguramente estar dotado de relevantes dotes, que aun hoy, después de dos siglos, hacen grata y respetable su memoria.

R. DE M. ROMANOS.

COMEDIAS Y AUTOS

ATRIBUIDOS AL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

Aborrecer lo que quiere,
A lo hecho no hay remedio y Príncipe de los montes.

Amantes (los) de Teruel.
Amor es naturaleza.
Amor, privanza y castigo.
Amor, lealtad y amistad.
Caballero (el) del Febo, auto.
Cardenal (el) de Moron.
Centinela (la) de honor.
Cómo se guarda el honor.
Como amante y como honrada.
Como á padre y como á rey.
Cuerdos hay que parecen locos.
Cumplir con su obligacion.
De un castigo dos venganzas.
Defensor de la fe y principe prodigioso.
Desdicha (la) venturosa.
Deshonra (la) hermosa.
Despreciar lo que se quiere.
Despreciarse por quererse.
Desprecios (los) en quien ama.
Diablos son las mugeres.
Dichoso (el) en Zaragoza.
Divino (el) Portugués, San Antonio de Padua, auto.
Doncella (la) de labor.
Don Florisel de Niquea, Para con todos hermanos.
Dos Jueces de Israel.
Empeños (los) que se ofrecen.
Ermitaño (el) galán.
Escanderbek, auto.
Fin (el) mas desgraciado.
Formas (las) de Alcalá, auto.
Galán (el) secreto, ó Callate y callemos.
Ganancia (la) por la mano.
Gitánilla (la).
Gitana (la) de Menfis Santa Maria Egipcíaca, auto.
Gravedad en Villaverde.
Hijo (el) del Serafin San Pedro Alcántara, auto.
Hijos (los) de la fortuna.
Lo que son juicios del cielo.
Lucha de amor y amistad.
Mariscal (el) de Biron.
Marica la del puchero.
Mas (la) constante muger.
Mas pueda amor que la muerte.
Mejor (el) padre de pobres.
Monja (la) alférez.
Morir y disimular.
Mudanza (la) en el amor.
Muger (la) de Perifañes.
Natividad (la) del Señor, auto.
No hay vida como la honra.
Ohrar bien, que Dios es Dios.
Olimpia y Vireno.
Palmerín de Oliva.
Pedro Urdimalas.
Por el mal vecino el bien.
Premio (el) de la humildad.
Príncipe (el) Don Carlos.
Privilegio (el) de las mugeres.
Puerta (la) Macarena, primera y segunda parte.
Remedio, industria y valor.
Reinar para morir.
Rigor (el) de la inocencia.
San Juan Capistrano, auto.
Santo Domingo el Soriano, auto.
Segundo (el) Séneca de España.
Sentencia (la) contra él.
Señor (el) Don Juan de Austria.
Ser prudente y ser sufrido.
Sufrimiento (el) premiado.
Templarios (los).
Toquera (la) vizcaína.
Traicion (la) vengada.
Valiente (el) Nazareno Sanson.
Valiente (el) mas dichoso.
Valor (el) persaguado.
Ventura (la) en el engaño.
Un gusto trae mil disgustos.
Zcioso (el) estremeño.

PLAZA NUEVA DE BILBAO (1).

Al describir el origen, historia y estado de la plaza nueva de Fernando VII en octubre del año de 1845, nos propusimos manifestar las diferentes alternativas ocurridas hasta entonces, y los muchos obstáculos que entorpecían este grandioso proyecto; y no olvidamos tampoco las muchas dificultades que necesariamente se presentarían para su conclusión. Dúlbamos, á la verdad, ver tan pronto la continuación de las obras paralizadas, y de cuándo sería el día en que estas se terminasen; sin embargo, una idea halagüeña se agitaba en nuestra mente, idea que fundada en la práctica de los hechos desvanecía estos temores y nos hacía recordar que con la fé y la constancia, virtudes comunes en nuestro suelo, se han realizado proyectos cuyas obras asombrosas llaman tanta la atención. El aterrido y costoso acueducto y paseo de los caños con la presa del Pontón (2), la ribera de Olaveaga, ese portentoso de la ordenada administración del Consulado, de esa célebre corporación, cuyas ordenanzas han servido de modelo á otras plazas de comercio de dentro y fuera del reino, que para hacer más cómoda la navegación del Nervión, contrastando á las fuertes avenidas, luchando con la bravura del Océano en la embocadura de Portugalete, y practicando los trabajos en mucha parte en peña durísima y en riscos inaccesibles, construyén mas de cincuenta y cinco mil pies de magnífico muelle, paseo también concurrido en todas estaciones del año; y el establecimiento del Hospital civil (3), recuerdo feliz de la caridad y desprendimiento de sus fundadores, levantado de planta no ha muchos años, vendiendo igualmente obstáculos infinitos, ejemplos son que alejando la desconfianza presagian un feliz resultado en las empresas. Este noble presentimiento se cumplió, y nuevamente nos ocupamos con gusto en bosquejar hechos que concluirán aquel artículo.

No podían mirar con indiferencia nuestras celosas autoridades la paralización de unas obras para las que se habían hecho sacrificios y desembolsos de suma consideración, y necesario era comenzar de nuevo á remover obstáculos, alejar tropiezos y proponer medios que desde la guerra civil no se habían podido poner en acción. El difícil de esta empresa no estaba precisamente en los recursos, estaba solo en la avenencia de los mismos propietarios, que escudados en pactos solemnemente sagrados, se opomán á destruir sus propiedades sin aquellas ventajas y garantías establecidas al principio del proyecto; porque estos últimos obstáculos, que hasta cierto punto parecían de fácil resolución por ser pequeños comparados con los ya vencidos, los complicaba la extraña colocación de los pocos edificios que aun restaban. Poseían uno una casa regular hacia la calle, y no tenían terreno solar que llegase á la galería, y el que esto correspondía no le bastaba para levantar edificio: había fines en este número que sus propietarios eran de menor edad, y por consiguiente sujetos á tutoría, que no es la mejor para arreglos de esta especie: casa que aun siendo pequeña pertenecía á tres dueños, pero con división marcada, de manera que el uno gozaba de la tienda y los otros de las viviendas altas; y había también, por decirlo de una vez, personas de mediana á quienes sus fondos no alcanzaban á la redificación; y aunque quisieran proporcionárselos sobre la finca, el interés que la nueva fincaba no competaba ni con mucho á los desembolsos y productos de la antigua; y en fin, en el frente que ocupaban seis arcos solamente, línea que no pasaba de setenta y ocho pies castellanos, se contaban ocho ó nueve propietarios. Era necesario, repetimos, un genio fuerte, un elemento que abrazando estremos y proponiendo medios regulares, reconciliase diferencias, arreglase á los interesados y pusiera todo en armonía.

El ayuntamiento de 1834, con su alcalde á la cabeza y el señor gobernador, tomaron este encargo para sí, y con ánimo fuerte y franca resolución alejaron pleitos, conciliaron intereses, buscaron recursos, y sin gran quebranto de los fondos públicos (harto exhaustos al presente) pudieron indemnizar en cierta manera á los diferentes propietarios; satisfaciendo á los unos sus perjuicios en metálico y papel de lo creado para la erección de la plaza, y á los otros con compensaciones y permutas proporcionadas también á la razón y á la justicia; viéndose luego, con placer de todo el vecindario, que tenía fija la vista en estos decantados edificios, después de haberse concluido los del ángulo, la demolición de las antiguas casas y su redificación de planta, sujetas á la nueva línea hacia la calle, continuar no sin pequeñas interrupciones en el frente de la plaza. Marchando así las cosas el término no se alargaba, y con la gloria que se proporciona el que después de grandes fatigas consigue el triunfo deseado, á las once y media de la mañana del 31 de diciembre de 1831, veinte y

tres años (4) después que se puso la primera piedra bajo de la columna del centro del lado que mira al Poniente; veinte y tres y medio que se hizo como por ensalmo la plaza modelo para la venida de Fernando VII y su augusta esposa Amalia; veinte y nueve que se comenzaron los primeros trabajos para los cimientos con arreglo á distinto plano que el que después se adoptó; cincuenta y siete que se levantaron los primeros proyectos que abrazaban mucha mayor superficie que en el día tiene, y sesenta y cinco que se pensó y concibió esta magnífica idea, se colocó la última la cornisa, que puede considerarse como la corona que en nombre de sus representantes honrará la memoria de los señores D. Santiago de la Azuela, corregidor político del Señorío, y de D. Eulogio de Larinaga, alcalde primero de esta invicta villa, que asistieron á la ceremonia de su colocación, cubiéndose la gloria de durcuna á un monumento que, pasando por tantas discordias políticas que se desvanecen dejando recuerdos fríos, eternizará la historia, en brillantes páginas de granito, los constantes esfuerzos de esta hermosa población. Sirvale de satisfacción á estos señores, y sirvale al excelentísimo Ayuntamiento, que tan celoso por el bien del público ha prestado todo su apoyo; sirvale también al vecindario en general, que se interesa en las glorias y prosperidad de su pueblo; y sirvanos por estímulo á nosotros particularmente, por la pequeña parte que en esto nos ha cabido (5).

A las autoridades del presente año, que á no dudarlo seguirán en esta parte las huellas de sus predecesores, resta ahora el que sin dejar mano, á fin de que los particulares á quienes corresponden las fincas que forman el cuadro y accesorios á la plaza, y el vecindario todo, principie á gozar de los sacrificios hechos con este motivo, se realicen las obras secundarias de ornato y comodidad. Así en sus magníficas galerías cubiertas como está comenzado de ciegos rasos, recompuestos los embalsados deteriorados, recogidas las aguas á puntos determinados, é igualado y alumbrado el pavimento, podían abrirse elegantes tiendas que producan algo mas que al presente, y se alejarán talleres mecánicos que entorpecen el tránsito y alejan el objeto para que se construyeron.

Si nuestra pobre opinión valiera de algo, nos atreveríamos á aconsejar que no se olvide el proyecto hasta cierto punto comprendido en la orden enterrada con las monedas y almanaque al principiar los primeros trabajos, «que la plaza se titulase de Fernando VII, y que en su centro se colocaria, sobre un suntuoso pedestal, la estatua de bronce del augusta padre de la Reina nuestra señora, y esta obra, acompañada de asientos á su alrededor, candelabros sobre hornos pedestales enverjados, combinados con gusto, y un buen enlosado entrelazado con la calzada liza que se colocaba en la población, además de ser de poco costo, respecto al proyecto de construir una fuente de mas difícil conservación, adornaría lo bastante y estaria en relacion con la severidad del resto de la obra.

No basta hacer obras y monumentos costosos; es preciso conservarlos, y mucho nos alegráramos entrase en Bilbao alguna vez la policía de los edificios, para no ser testigos de las mudaciones que todos los dias vemos en los mas de ellos, y muy particularmente en el que hoy nos ocupa; llama la atención el poco aseo de sus avenidas y entradas laterales, y el abandono con que hasta ahora se ha mirado la igualdad de los tableros de las tiendas y pilastras interiores, pintadas, embaldernadas diremos, al gusto y capricho de cualquiera. Todavía están patentes los efectos de una pequeña colonia de extranjeros establecidos en estas tiendas años anteriores: sobre un tablero preparado el óleo que hace el entripso bajo de los soportales, adonde con letras gordas decía: *Vicens*, después de que este buen grabador trasladó sus reales, se ensayó por un artista moderno un nuevo sistema de brocha gorda, aplicado con lechada y cal común; y no lejos de este aparece otro rótulo, aunque mas disimulado, de un titulado tallista escultor, *Guarinos*, que llama á hacer esculturas á una modista que hoy ocupa aquel local.

Concluiremos estas noticias ratificando la idea que nos ha movido á escribirlas, considerando esta empresa colosal y grandiosa á una población del radio de Bilbao, y que no cuenta quince mil almas; y diremos que el costo material de las obras, perjuicios é indemnizaciones pagadas por los fondos públicos, no entrando en este montamiento algunas cantidades parciales, cuyas notas no las tenemos en este momento á la vista, ni influyen en sumas de tanta consideración; y no apreciando tampoco los grandes desembolsos de los treinta propietarios, por lo menos, á quienes corresponden las fachadas que hacen el frente, entradas y avenidas á la plaza, ha pasado de dos millones cuatrocientos mil reales de vellón.

LORENZO FRANCISCO DE MOÑIZ.

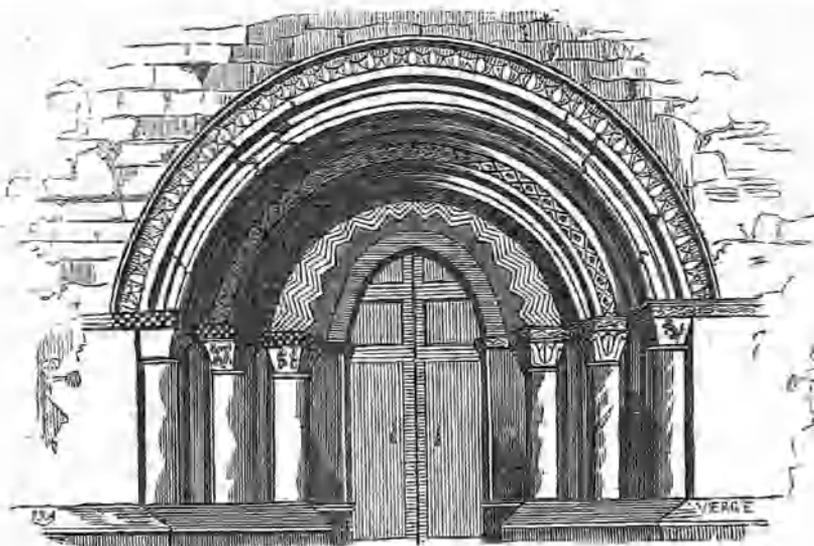
(1) Aunque se dijo en el artículo del año 45, páginas 521 y 522 se colocó la primera piedra el 31 de diciembre de 1829, fue el mismo día del 1828.

(2) El que publicó estas noticias, en los primeros años de su carrera acompañó á la colocación de la primera piedra, y es hoy el director de la casa en donde se ha puesto la última.

(1) SEMANARIO PINTORESCO del año 1845, pag. 521 á la 525.

(2) *Idem*, ídem del año de 1841, pag. 201 á la 205.

(3) *Terceira serie*, tomo 1, pag. 89 del *Semanario*, año de 1845.



(Portada de la Iglesia de Miranda de Ebro.)

JUAN SOLDADO. CUENTO POPULAR ANDALUZ.

recogida

POR FERNAN GABALLERO.

Erase un mozo solariego, sin casa ni canastilla, al que tocó la suerte de soldado. Cumplió su tiempo, que fué ocho años, y se volvió á reengancharse por otros ocho, y después por otros tantos.

Cuando hubo cumplido estos últimos ya era viejo y no servía ni para rancharo, por lo que le licenciaron, dándole una libra de pan y seis maravedís que alcanzaba de su haber.

—¡Pues dígole á V., pensó Juan Soldado cogiendo la vereda, que me ha lucido el pelo! ¡Después de veinticuatro años que he servido al rey, lo que vengo á sacar es una libra de pan y seis maravedís! Pero anda con Dios: nada adelanto con desesperarme sino el criar mala sangre.

Y siguió su camino cantando:

La boca me huele á rancho
y el pescuezo á corbatín,
las espaldas á mochila
y las manos á fustil.

En esos tiempos andaba nuestro padre Jesús por el mundo, y traía de lazarillo á San Pedro. Encontróse con ellos Juan Soldado, y San Pedro, que era el encargado, le pidió una limosna.

—¿Qué he de dar yo, le dijo Juan Soldado; yo, que después de veinticuatro años de servir al rey, lo que he agenciado no es mas que una libra de pan y seis maravedís?

Pero San Pedro, que es porfiado, insistió.

—Vaya, dijo Juan Soldado, aunque después de servir al rey veinticuatro años solo tengo por junto una libra de pan y seis maravedís, partiré el pan con VV.

Cogió la navaja, hizo tres partes del pan, les dió dos y se quedó con una.

A las dos leguas se halló otra vez con el Señor y San Pedro, el que le volvió á pedir limosna.

—Quiérame parecer, dijo Juan Soldado, que les he dado de *navtes* á VV., y que ya conozco esa calva: ¡pero anda con Dios! aunque después de veinticuatro años de servir al rey solo tengo una libra de pan y seis maravedís, y que de la libra de pan no me queda sino este pedazo, lo partiré con VV.—Lo que hizo, y en seguida se comió su parte para que no se la volvieran á pedir.

Al ponerse el sol se halló por tercera vez con el Señor y San Pedro, que le pidió limosna.

—Sobre que juraba que ya les he dado á VV., dijo Juan Soldado; ¡pero anda con Dios! aunque después de servir al rey veinticuatro años, solo me he hallado con una libra de pan y seis maravedís, repartiré estos como repartí el pan.

Cogió cuatro maravedís, que le dió á San Pedro, y se quedó con dos.

—¿Dónde voy yo con un ochavo? dijo para sí Juan Soldado: no me queda mas que ayuncar al trabajo y echar el alma si fue de comer.

—Maestro, le dijo San Pedro al Señor, haga su Majestad algo por ese desdichado que ha servido veinticuatro años al rey y no ha sacado mas que una libra de pan y seis maravedís, que ha repartido con nosotros.

—Bien está, llámalo y preguntale lo que quiere, contestó el Señor.

Hízolo así San Pedro, y Juan Soldado, después de pensarlo, le respondió que lo que quería era que en el morral que llevaba vacío: se le metiese aquello que él quisiese meter en él: lo que le fué concedido.

Al llegar á un pueblo, vió Juan Soldado en una tienda mas hogazas de pan mas blancas que jazmines, y unas longanizas que decían comédme.

—¡Al morral gritó Juan Soldado en tono de mando, y citema V. las hogazas dando vueltas como ruedas de carretas, y las longanizas rastreadose mas súptias que culebras, encaminándose hácia el morral sin perder la derecha. El montañés dueño de la tienda, y el montañeco su hijo, corrían detrás dando cada trancazo que un pié perdía de vista al otro; pero ¿quién los atajaba, si las hogazas rodaban desatunadas como chinás cuesta abajo, y las longanizas se les escurrian entre los dedos como anguilas?

Juan Soldado, que comía mas que un cáncer, y aquel día tenía mas hambre que Dios paciencia, se dió un hartagon de los cumplidos, de los de no puedo mas.

Al anochecer llegó á un pueblo; como era licenciado del ejército tenía alojamiento, por lo cual se encaminó al ayuntamiento para que le diesen boleta.

—Soy un pobre soldado, señor, le dijo al alcalde, que después de veinticuatro años de servir al rey, solo me hallo con una libra de pan y seis maravedís que se gastaron por el camino.

El alcalde le dijo que si quería lo alojara en una aldea cercana, á la que nadie guerra ir porque había muerto en ella un condenado, y que desde entonces había asombro; pero que si él era valiente y no le temía al asombro, podía ir, que allí ballaría de cuanto Dios crió, pues el condenado había sido muy riquísimo.

—Señor, Juan Soldado ni debe ni teme, contestó este, y allá voy á encamparme en un decir tilín.

En aquella posesion se halló Juan Soldado al centro de la abundancia: la hodega era de las famosas, la despensa de las bien provistas, y los sobrados estaban atestados de frutas.

Lo primero que hizo á prevención por lo que pudiese tronar, fué llenar un jarro de vino, porque consideró que á los borrachos se les destapa la vena del miedo; en seguida encendió candela y se sentó á ella para hacer unas migas de tocino.

Apenas estaba sentado cuando oyó una voz que bajaba por la chimenea y decía:—¿Caigo?

—Cue si te da gana, respondió Juan Soldado, que ya estaba pinton con los lapos de aquel rico vino que se echaba entre pecho y espalda; que el que ha servido veinticuatro años al rey sin sacar mas sustancia que una libra de pan y seis maravedís, ni teme ni debe.

No bien lo hubo dicho, cuando cayó á la mismita vera-suya la pierna de un hombre: á Juan Soldado le dió un espeluzo, que se le erizaron los vellos como el pelo á un gato acostado; cogió el jarro y le dió un testarazo.

—¿Quieres que te entierre? le preguntó Juan Soldado.—La pierna dió con el dedo del pié que no.

—Pues púdrete ahí, dijo Juan Soldado.

De ahí á nada volvió á decir la misma voz de *denuncia*:

—¿Caigo?

—Cae si le da gana, respondió Juan Soldado dándole un testarazo al jarro; que quien ha servido veinticuatro años al rey, no teme ni debe.

Cayó entonces al lado de la pierna su compañera. Para acabar presto, de esta manera fueron cayendo los cuatro cuartos de un hombre, y por último la cabeza, que se apegó á los cuartos y se puso en pié en una pieza, no un cristiano, sino un espectáculo fiero, como que era el mismísimo condenado en cuerpo y alma.

Dijole con un rocejon que helaba la sangre en las venas:

—Juan Soldado, ya ves que eres un valiente.

—Si señor, respondió este; lo soy, no hay que decir, ni hartura ni miedo ha conocido Juan Soldado en la vida de Dios: pues á pesar de eso, ha de saber su merec, que en veinticuatro años que he servido al rey, lo que he venido á sacar ha sido una libra de pan y seis maravallas.

—No te apesadumbres por eso, dijo el espectáculo, pues si haces lo que te voy á decir salvarás mi alma, y serás feliz; ¿quieres hacerlo?

—Si señor, el señor, mas que sea lañarle á su merec los cuartos para que no se le vuelvan á desperdigar.

—Lo malo que tiene, dijo el espectáculo, es que me parece que estas borracho.

—No señor, no señor, no estoy sino calmelano, pues ha de saber su merec que hay cuatro clases de borracheras: la primera, es de escucha y perdona; la segunda, es de capa arrastrando; la tercera, de ensucia calzones; y la cuarta, de medir el suelo: yo no he pasado de escucha y perdona, señor.

—Pues sígueme, dijo el espectáculo.

Juan Soldado, que estaba peneque, se levantó haciendo su cuerpo para aquí para allá, como suntu en andas, y cogió el candil; pero el espectáculo alargó un brazo como una garrocha y apagó la luz. No se necesitaba, porque sus ojos alumbraban como dos hornos de fragua.

Cuando llegaron á la bodega, dijo el espectáculo:

—Juan Soldado, toma una azada y abre aquí un hoyo.

—Ábralo V. con toda su alma si le da gana, respondió Juan Soldado, que yo no he servido veinticuatro años al rey sin sacar mas provecho que una libra de pan y seis maravallas, para ponerme ahora á servir á otro amo que puede que ni eso me dé.

El espectáculo cogió la azada, cavó y sacó tres tinajas, y le dijo á Juan Soldado:

—Esta tinaja está llena de cuartos, que repararás á los pobres; esta otra está llena de plata, que emplearás en sufragios para mi alma; y esta última está llena de oro, que será para ti si me prometes emplear el contenido de las otras según lo he dispuesto.

—Pierdo su merec cuidado, respondió Juan Soldado; veinticuatro años he estado cumpliendo con puntualidad lo mandado, sin sacar mas premio que una libra de pan y seis maravallas, con que ya ve su merec si lo haré ahora en que tan buena recompensa me promete.

Juan Soldado cumplió con todo lo que le encomendó el espectáculo, y se quedó hecho un usu muy considerable, con tanto oro como había en su tinaja.

Pero á quien le supo todo lo acaecido á cuerno quemado, fué á Lucifer, que se quedó sin el alma del condenado por lo mucho que por ella rezaron la Iglesia y los pobres, y no sabía cómo vengarse de Juan Soldado.

Había en el infierno un Satanasillo mas ladino y mas astuto que ninguno, que le dijo á Lucifer que él se determinaba á traerle á Juan Soldado.

Tuvo de esto tanta alegría el diablo mayor, que le prometió al chico si le cumplía lo ofrecido, regalarte una jarapada de moños y de diges para botar y pervertir á las hijas de Eva, y una multitud de barajas y de pellejos de vino para seducir y perder á los hijos de Adán.

Estaba Juan Soldado sentado en su corral, cuando vio llegar muy diligente al Satanasillo, que le dijo:

—Buenos días, señor D. Juan.

—Me alegró de verte, monicaguillo; ¿qué top eres? ¿Quieres tabaques?

—No fumo, D. Juan, sino pajuelas.

—¿Quieres echar un trago?

—No bello sino agua fuerte.

—Pues entonces ¿á qué vienes, alma de Cain?

—Á llevarme á su merec.

—Sex en buen hora. No tengo dificultad en ir contigo. No he servido yo veinticuatro años al rey para tocár retirada ante un enemi-guillo de mala muerte como tú. Juan Soldado ni teme ni debe, ¿es-ís? Mira, súbete en esa higuera que tiene brevas tamaño como boga-

zas de pan, mientras yo voy por las alforjas, porque me se antoja que la yereda que vamos á andar es larga.

Satanasillo que era goloso se subió en la higuera y se puso á engullir brevas, entre tanto que Juan Soldado fué por su morral, que se colgó; y volvió al corral gritando al Satanasillo:—¿Al morral!

El diablo chico, pagando cada hiplo que asombraba, y haciendo cada contorsion que metía miedo, no tuvo mas remedio que colar en el morral.

Juan Soldado cogió un dique de herrero y empezó á sacudir tranca-zas sobre el Satanasillo, hasta que le dejó los huesos hechos lavina.

Dejó á la consideracion del noble auditorio el coraje que tendría Lucifer, cuando vio llegar á su presencia á su Beojama, á su ojito derecho todo derrengado y sin un hueso que bien lo quisiese en su cuerpo.

—¿Por los enernos de la luna! gritó, aseguro que ese descarado han-pon de Juan Soldado mo las ha de pagar todas juntas; allá voy yo por él en propia persona.

Juan Soldado, que se aguardaba esta visita, estaba prevenido y tenía colgado su morral, así fué que apenas se presentó Lucifer echando fuego por los ojos y cohetes por la boca, plantósele Juan Soldado delante con muchísima serenidad, y le dijo:

—Compadre Lucifer, Juan Soldado no teme ni debe, para que la sepas.

—Lo que has de saber tú, fanfarron fragaldabas, es que te voy á meter en el infierno en un decir Satan. dijo bufando Lucifer.

—¿Tú á mí? tú á Juan Soldado? ¡Páci eral! Lo que tú no sabes, compadre Soberbia, es que quien te va á meter á ti el resuello para adentro, soy yo.

—Tú, vil gusano terrestre!

—Yo á tí, gran fantasma, en un morral te voy á meter, á tí, á tu rabo y á tus cuernos.

—Basta de jactancias, dijo Lucifer alargando su gran brazo y sacando sus tremendas uñas.

—¿Al morral! dijo en voz de mando Juan Soldado:

Y por mas que Lucifer se reperció, por mas que se repelo, se defendió y se hizo un ovillo, por mas que que bramó, bufó y aulló, el morral fué de cabeza sin que hubiese tu tia.

Juan Soldado trajo un mazo, y empezó á descargar sobre el morral cada tarrazazo que hacia hoyo; hasta que dejó á Lucifer mas apistado que un pliego de papel.

Cuando se le cansaron los brazos dejó ir al preso, y le dijo:

—Mira que ahora me contento con esto; pero si te atreves á volver á ponerme delante, gran sinvergüenza, tan cierto como que he servido al rey veinticuatro años sin habersacado mas que una libr de pan y seis maravallas, que te arranco la cola, los cuernos y las uñas; y veremos entonces á quién meteré miedo. Estás prevenido.

Cuando su corte infernal vio llegar al diablo mayor, listado, tullido, mas trasparente que tela de tamiz y con el rabo entre las piernas como perro despedido á palos, se pusieron todos aquellos feróticos á echar por sus bocas sapos y nuebras.

Despues de esto:—¿Qué hacemos, señor? preguntaron á una voz.

—Mandar venir cerrajerros para que hagan cerrijos para las puertas, albañiles para que lapen bien todas las rajás y boquetes del infierno, á fin de que no entre, no cuele ni aporta por aquí el gran insolentón de Juan Soldado; les respondió Lucifer.

Lo que inconcientito se hizo.

Cuando Juan Soldado conoció que se le acercaba la hora de la muerte, cogió su morral y se encaminó para el cielo.

Á la puerta se halló con San Pedro, que le dijo:

—¡Hola! bien venido, ¿dónde se va, amigo?

—Toma, respondió muy fantasioso Juan Soldado, á entrar.

—¿Eh, párese V., compadre, que no entrá cada quisque en el cielo como Pedro por su casa.

—¿Veamos qué méritos trae V.?

—Pues no es nada, respondió Juan Soldado muy sobre sí: he servido veinticuatro años al rey, sin sacar mas recompensa que una libra de pan y seis maravallas. ¿Le parece á su merec poco?

—No basta, amigo, dijo San Pedro.

—¿Que no basta? repuso Juan Soldado dando un paso adelante: ve-

renos.

San Pedro le atajó el paso.

—¿Al morral! mandó Juan Soldado.

—Juan, hombre, cristiano, ten respeto, ten consideracion.

—¿Al morral! que Juan Soldado ni teme ni debe.

Y San Pedro que quiso que no traya que colar en el morral.

—Suéltame, Juan Soldado, le dijo, considera que las puertas del cielo estan abiertas y sin custodia, y que puede colarse allí cualesquiera alma de cóntró.

—Eso era cabalmente lo que yo queria, dijo Juan Soldado entrándose dentro muy perñiscado y cuellerguido: pues diga V., señor D. Pedro.

de parece á su mercé regular que despues de veinticuatro años de servir al rey allá abajo, sin haber sacado mas que una libra de pan y seis maravedís, no halle yo por acá arriba mi cuartal de inválidos?

LA PROTECCION DE UN SASTRE,

NOVELA ORIGINAL.

(Continuación.)

Todas estas reflexiones las hizo aquí, acaso sin venir á pelo, á propósito de que en este paseo que Rafael dió por la corte, se enamoró de él una jóven y lindísima muchacha, que puesta á un balcon de una calle por la cual nuestra ya conocida pareja á la sazón pasaba, tuvo la fortuna de encontrar en Rafael todo lo que necesitaba para enamorarse. Cuentan pues que le vió, y que al punto de verle se acordó de él; pero dicen que se guardó muy bien de dar á entender de ello ni la mas mínima cosa, y que antes de dar á Rafael la pequenísima satisfacción de mirarle con buenos ojos, que no era mucho hacer, atendiendo á que ella estaba frita en pasión y rebozada en deseo, de resultas de esos súbitos hofetones de Cupido, se retiró ella con muy buen cuidado del balcon, con más muestras de enfado que de gusto, apenas notó que Rafael, de muy distinta manera y con muchísimo interés en el semblante, la flechaba sus dos ojos negros, que con tanto placer se hubiera estado contemplando cuatro ó seis días, la enamorada niña.

¿Y quién se lo impidió? nadie. En su mano estaba el cumplimiento de su deseo, que era bueno, generoso, social, filantrópico y otra porcion de cosas más, sin que al mismo tiempo faltara, ni en el canto de un duro, á la debida compostura y honestidad. ¡Vamos, es cosa de desesperarse!

¡Pues ven acá, muger de Satanás, nacida y criada para nuestro daño! ¿Qué hubieras perdido, criatura desacordada, en mirar al que tanto querías? ¿No ora lo que deseabas mirarle y volverle á mirar? Pues hubiérasle mirado con mil diablos, y hubieras tú tenido esa satisfacción, y él hubiera quedado con su amor propio un poco satisfecho, y no hubieras quedado tú, como dicen que quedaste, pesarosa de lo que habías hecho, sin poderlo ya remediar, enfadada, triste, y hasta contigo misma emperrachinada y llena de rabia para todo el día.

Eso que te ha sucedido á tí en esta cosa pequeña, os suele suceder á todas vosotras en cosas pequeñas y grandes, y esa maldita falta de voluntad y hasta de lógica... ¡de lógica, Dios mío! de lógica qué falta!!! Pues, señor, eso es purísima tontería, que enfada y cansa.

Dicen pues que se retiró del balcon esta buena señorita con un amor con que no había salido á él. Entonces fué cuando empezó ella á amar de veras, y con todo el entusiasmo con que hemos dicho que parecen que deben amar las mugeres á sus solas. Tenia apenas diez y siete años, y por el calor con que tomó aquella repentina y traidora pasioncilla naciente, se conoce que era una muchacha de muy buen fondo, de esperanzas, y de sensible y generosísimo corazón. Ya tengo para mí que había de ser esta la primera vez que se había enamorado, pues dicen que nunca había estado tanto sentada en una silla como aquel día, ni nunca había ejemplado con tanta maestría de sentimiento en su piano algunas nocturnos y otras piezas melancólicas, á que siempre había sido muy dada.

III.

Andaban Rafael y Luisa muy entretenidos por las calles de la corte, sin direccion ninguna, como aquel que encontrándolo todo nuevo, todo lo concuertra á su gusto. Las elegantes tiendas que al paso veían, presentándoles una multitud de objetos preciosos, tanto por su subido precio como por lo agradables, convidaban no menos al uno que al otro á hacer frecuentes y costosas paradas en su incierto paseo, que se concluyó cuando se concluyó el dinero que á mano llevaban, que ciertamente no era haber gastado poco para quien había salido de casa sin intención de comprar. Guiados pues por el muchacho á quien habían cargado con las compras (holeras, volvieron á su casa, no desconcertados de lo que de la corte hasta entonces habían visto. Ni faltó tampoco quien hasta la puerta los siguiera, con el objeto solo de saber dónde vivía la hermosa muger que no había dejado de llamar la atención de más de cuatro ociosos, de estos que en busca de no se sabe qué andan siempre descubriendo por las calles concurridas de las grandes capitales. Hay en este mundo gentes que nacen de una manera tal brusquidad, que ni parece sino que en un palacio, cuanto mas en una corte, han sido nacidas y criadas. De estas gentes eran los jóvenes de

nuestra historia, á quienes ni en lo mas mínimo se hubiera conocido que eran recién llegados de una provincia. Como consecuencia inmediata de este su buen porte, por aquello de que Dios los cria y ellos se juntan, eran tambien dos elegantísimos jóvenes los que las habían cobrado la suficiente afición para seguirlos hasta su casa. Despues que entraron en ella Rafael y Luisa, quedáronse nuestros dos mancozoparados á la puerta, siguiendo su conversacion de conjeturas acerca de quién pudiese ser la muger, que uno de los dos interlocutores comparaba á todo lo hermoso que se ha conocido en el mundo, en todos sus tres reinos, animal, vegetal y mineral.

—Por la vista, le decía el otro, ya has hallado muger á quien querer.

—Falta me hacia, respondió este, porque no parece bien un hombre sin amores, y hace tres meses lo menos que yo no los tengo.

—¿Con que esta viene con trazas de amor?

—Chico, yo no sé; pero enamoradoillo me siento.

—¿Y quién será ella?

—¿Y á mí qué me importa?

—¿Y él?

—El... él... tienes razon, él... ¿pero á mí qué me importa él? No le he mirado bien; pero te juro que por hermoso que sea, no ha encendido en mí una pasión tan vehemente, que me prive del placer de ofrecerte para que tú le enamores á tu sabor.

—Biete... pero si acaso es su marido...

—Ptor sera que fuera su amante. ¡Ojalá, Dije mío, hayas permitido algun día la unión de estos dos esposos, que tú permitas tambien su desunion, y sea sobre todo lo que tú quieras! En, vón acá, pongámonos en la acera de enfrente, porque pueda salir al balcon, y no quiero andar perezoso en esos amores; ¡Oh, es una muger!...

—Bien, Carlos, bien, pero cada uno á sus quehaceres, de muger á muger no va nada, voy á ver si doy aunque no sea mas que medio paso, en ese otro coqueteo de ahí á la vuelta.

—Adios, Luis. El, si, procurémosnos mugeres, porque está visto que ellas no se vienen á las manos sino á fuerza de sudores, de gestos y de palabris: ya te pasado por esta los sudores del seguimiento; estoy en la época de los gestos si sale al balcon, como yo llegue á las palabras... ¡Divina muger!... Adios.

Y pasóse nuestro jóven á la acera de enfrente, y marchóse el otro en busca sin duda de otra muger, que no se vendría á las manos tan-poco sin muchos malos ratos adelantados por el hombre.

¡Oh mugeres, mugeres! y cuántas jóvenes pierden por vosotras momentos preciosos, que podieran con mas provecho dedicar al estudio de alguna ciencia exacta. Sin embargo, no es mi intencion reprenderos, pobres mugeres, porque en medio de todo, no van tan mal las ciencias exactas que haya motivo para quejarse.

Yo no sé si es que muchas veces el corazón le dice á uno que haga una cosa, ó si se asomó por casualidad, es lo cierto que Luisa se asomó al balcon.

Asomarse, reparar en Carlos y hacerse la desentendida, todo fué uno.

No era esta sin embargo tan poco esperanzado que no pudiera apreciar en sus tres verdaderas partes aquel todo uno, y aun le gustó que se hiciera la desentendida despues de haberle mirado, por ser esta una incertidumbre de muger que suele agrandar mucho.

Clavó pues los ojos en ella, y aguardó pacientemente á que ella hiciera otro tanto; pero como esta tambien era muger jóven, ya podía haber estado Carlos esperando una semana, que lo mismo que ahora le sucedió, hubiera tenido que marcharse sin una mirada franca y generosa, porque la franqueza y la generosidad no llegan á ser prendas de las mugeres hasta que han llegado á ellas con los años otra porcion de cosas.

Y eso que Carlos tenia una interesante figura, pues aun cuando desde el balcon en que estaba Luisa no se pudiera distinguir, por ejemplo, de qué color tenia los ojos, y ya sabe todo el mundo que el color de los ojos hace mucho en la belleza del animal hombre, y nosotros sabemos que los ojos de Carlos tenían buen color; llegaba su imagen sin embargo bastante linda á los celosos ojos de Luisa, que hubieran podido mirarle con gusto y sin recelo.

Túvose pues nuestro amante que contentar con saber que Luisa le había visto, y con conjeturar que puesto que habiéndole visto había puesto cuidado en no mirarle, mas bien le había gustado que otra cosa.

Si no fuera por el gran don del raciocinio, que nos hace conocer el fondo de las cosas sin reparar en una porcion de enigmillos de que siempre anda cercada la verdad, todos estábamos muy mal en este mundo, pero sobre todos los infelices que aman, porque los pobres aun con su raciocinio y su lógica correspondientes de ciento más vez echan una verdad en los semblantes, palabras y movimientos de sus queridas.

Pensó pues Carlos, como íbamos diciendo, que mas había gustado que disgustado á la hermosísima desconocida, y así, aun cuando

esta se retiró del balcón á poco rato, sin haberlo mirado derecho ni tres segundos, como habia hecho otra porcion de cosas, y como nuestro Carlos no era mal razonador, marehóse de allí contento, aunque murmurando entre dientes:

— ¡Son tan fastidiosos los principios en amores! Pero no importa. Y se fué tan alegre como habia venido.

IV.

Excusado nos parece decir que Rafael y Luisa comieron, despues de lo cual, como eran gente desocupada, y como el tiempo en que entonces estábamos era el de verano, salieron otra vez de casa y fueron al Prado, paseo que no es malo, pero que podria ser mejor, como otras cosas de este mundo. Dieron allí la primera vuelta en el *salon*; però bien pronto notaron que la gente, sino mas escogida, porque, ¿quién ya á escoger entre la gente? por lo menos de mejor tono y mas aristocrática, no paseaba por donde ellos, sino por una calle contigua al *salon* y mucho mas estrecha que él.

Este paseo es el que hemos dado en llamar *Paris*, como podiamos haber dado en llamarle berenjenas, que bien ricas las cria nuestra España. Rafael y Luisa con su buen instinto pusieronse bien pronto en el paseo de buen tono y abandonaron el otro, de lo que no les pesó, cuando conocieron las ventajas que de andar por el paseo estrecho se seguian. No hay en él, con efecto, la confusion que en el otro, porque siendo mas reducido el terreno, escójase la gente de manera que se ven todos los que pasean, y todos se ven muy de cerca. Gustóles mas la sociedad mas *intima* de este paseo, que la sociedad mas *rara* del otro; y á nosotros nos sucede lo mismo, por mas que haya gente que no piense así, porque está en el error de que puede uno divertirse en este mundo con comodidad y á sus anchuras.

Como es de suponer estaba en el paseo Carlos, que apenas vió á Luisa, cuando despues de haberla mirado, con lo que otro llamaria

descaro y yo llamo amor, trató de tomar posicion detrás de ella, para ver de irle manifestando poco á poco su mucho cariño. Para conquistar á las mugeres en el paseo, llamémosle campo de batalla, creo que no es necesario, como en otros campos de batalla, para conquistar algun punto fortificado, tomar ninguna altura ni cosa que lo valga, sino perseguir muy de cerca al enemigo muger, llevándole siempre delante y al alcance de las descargas de palabras del que ataca. No dejó de notar Luisa ni la mirada ni el movimiento de Carlos: conociólo este, y creyó, y muy bien creído, que habia dado un gran paso. En efecto, hacerse ver en pocas horas dos veces de una muger á quien no se ha visto nunca, es el principio innegable de hacerse ver una porcion de veces al dia, y esto, si va unido con la satisfaccion de la que ve, es verdad que puede ser otra porcion de cosas: però tambien puede ser amor. Colocado pues ya nuestro Carlos detrás de Luisa, trató con él que le acompañaba una de esas conversaciones que se tienen para que sean oidas, en la que trató de lucir toda la ligereza y toda la gracia que Dios le habia dado. Alguna debia ser, pues logró que mas de una vez se sorrisen tanto Rafael como Luisa; con lo cual animado dicen que aquella tarde tuvo mas talento que nunca. Afortunadamente para él, húbosela de caer á Luisa el abanico, ó el pañuelo, ó yo no se qué, y como quien estaba decidido á no perder ripio, ingenióse de modo que pudo levantarlo del suelo antes que Rafael, afectando al mismo tiempo cierta *fin* indiferencia, por si era marido, para con él, y mirando á Luisa cuando puso en su mano la cosa caída, de una manera tan poco indiferente, que ella, entre asustada y amable, y hermosos los mejillas con un súbito y mágico carmin, y hermosos los ojos con una indefinible expresion, pronunció en vez de gracias un ¡ay Dios mío! tan lleno de coquetaria, que es, entre paréntesis, la buena educacion de las mugeres, que hubiera bastado por si solo á prender á Carlos, si tan prendado no se hallara.

(Continuad.)

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid — Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo 26.